



**UN CIEGO DE
NACIMIENTO**
DE LAS TINIEBLAS
A LA LUZ

Juan capítulo 9 relata la historia de la sanación y la salvación de un hombre ciego de nacimiento. Es importante saber la diferencia entre ser sano de alguna enfermedad en el cuerpo y ser salvo de los pecados y la condenación eterna. Este ciego tenía dos problemas: el primero era el más obvio, pero el segundo era el más peligroso.

El primer problema era su ceguera. Había nacido ciego y vivía en oscuridad permanente. Nadie había podido ayudar a este hombre con su problema, ya que “desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego” (Juan 9.32).

El segundo problema era su pecado, algo mucho más grave que el primero. También había nacido con el pecado, ya que todo ser humano lo tiene desde su nacimiento, como dice el Salmo 51.5: “En maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre”. El pecado mantiene al ser humano en oscuridad permanente, “porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Juan 3.20). Asimismo, ninguno podía solucionar el problema del pecado de este hombre, porque “¿quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?” (Marcos 2.7).

Todo cambió cuando vino el Señor Jesucristo. Jesús, el Creador, “escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé... Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo” (Juan 9.6-8). ¡Qué maravilloso el poder de Cristo! Le dio la vista. Lo que nadie podía hacer, Él lo hizo.

Ahora, solamente el primer problema había sido resuelto; faltaba el segundo. Muchos piensan que cuando reciben un beneficio de Dios eso significa que ya tienen el favor de Dios, y no se dan cuenta de que Dios es bueno y por eso “hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5.45). Tampoco se dan cuenta de que “su benignidad [los] guía al arrepentimiento” (Romanos 2.4).

El ciego fue sanado, pero necesitaba ser salvo de sus pecados. Unos momentos más tarde, Jesús encontró al ciego y le dijo: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” (Juan 9.35). ¡Qué pregunta tan importante! Esa era la solución a su segundo problema, el problema del pecado. Jesús, el Salvador, era quien le podía dar la salvación de sus pecados. La salvación viene por la fe en el Señor Jesucristo y su obra completa y suficiente en la cruz del Calvario. La

respuesta del ciego sanado fue positiva e inmediata: “Creo, Señor; y le adoró” (v. 38).

La Biblia es clara al decir que “todos los que en él (Jesús) creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10.43).

¿Cree usted en el Hijo de Dios?

Miguel Mosquera



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com